Quédate después del cierre de la galería

Entre los lienzos es más fácil ocultar una mirada que los sentimientos



Laura Bellini

Quédate después del cierre de la galería

Entre los lienzos es más fácil ocultar una mirada que los sentimientos

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904794

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4

Capítulo 1 - Condiciones que no figuraban en el proyecto 11

Capítulo 2 - Fuera del plan de la exposición 22

Capítulo 3 - La luz que no se puede planificar 36

Capítulo 4 - Las cosas que no aparecen en el calendario 47

Capítulo 5 - El derecho a decir que no 62

Capítulo 6 - Después del cierre 71

Capítulo 7 - La mañana después del cambio 83

Capítulo 8 - Música al otro lado de la ciudad 93

Capítulo 9 - Todo lo que debía mostrarse 106

Capítulo 10 - No solo por una noche 119

Capítulo 11 - Los límites de la cercanía 130

Capítulo 12 - El precio de resultar accesible 142

Capítulo 13 - Lo que no se puede callar 154

Capítulo 14 - Lo que cada uno puede perder 166

Capítulo 15 - La verdad escrita en los documentos 178

Capítulo 16 - El lugar que tuve que recuperar 191

Capítulo 17 - Dos caminos separados 205

Capítulo 18 - El precio de la honestidad 215

Capítulo 19 - Antes de volver a abrir las puertas 228

Capítulo 20 - Quédate cuando la galería esté vacía 240

INTRO

La última luz del día entraba en la galería con un ángulo tan particular que hasta las imperfecciones de las paredes parecían formar parte deliberada de la decoración. Me gustaba aquella hora. Gdynia iba perdiendo poco a poco el ritmo apresurado del día, detrás de los ventanales se deslizaban las siluetas de quienes regresaban a casa y, en el interior, solo quedaban los cuadros, el olor a pintura fresca y un silencio que no necesitaba explicaciones.

Estaba en el centro de la sala principal con una hoja de papel entre las manos. Tenía un plano preciso de la distribución de las obras para mi primera exposición individual. No era una colección improvisada de lienzos que hubiera que colgar en los espacios disponibles. Cada cuadro tenía su lugar, una distancia determinada respecto al siguiente y un espacio propio en el que debía poder expresarse. Algunos necesitaban luz; otros, penumbra. Unos debían atraer las miradas desde la entrada, mientras que los demás estaban destinados a ser descubiertos solo cuando alguien decidiera acercarse un poco más.

Llevaba muchos meses trabajando para aquel momento. Pintaba, corregía, destruía mis propias ideas y volvía a empezar. Rechazaba propuestas que parecían razonables, pero que no tenían nada que ver conmigo. Por fin alguien había considerado que mis cuadros merecían un espacio propio, en lugar de ocupar simplemente un fragmento de pared entre las obras de otros artistas.

No pensaba ceder ahora el control sobre lo que se mostraría de ellos.

Deslicé un dedo por el boceto. El cuadro más grande, el que representaba la silueta de una mujer de espaldas frente a una ventana abierta, debía colgar al final del largo pasillo. No era el más bonito. Tampoco tenía los colores más llamativos. Sin embargo, era el que mejor expresaba lo que quería transmitir. Demasiado personal para hablar de él en una conversación cualquiera y demasiado importante para permitir que alguien decidiera que sería mejor esconderlo.

Oí el sonido de una llave girando en la cerradura.

Me volví, convencida de que alguna de las empleadas de la galería había regresado a buscar el bolso que se había dejado olvidado. Pero en la puerta apareció un hombre con una cartera negra bajo el brazo. Llevaba un abrigo oscuro, abierto lo suficiente para dejar ver un sencillo jersey gris antracita. No tenía el aspecto de alguien que se hubiera equivocado de dirección. Recorrió la sala con la mirada de una persona acostumbrada a evaluar los espacios antes incluso de dar el primer paso.

-Disculpe -dije-. La galería ya está cerrada.

Miró su reloj y después me miró a mí.

-Lo sé. Por eso he venido ahora.

No era un argumento especialmente convincente.

-En ese caso, debería saber que no recibimos visitantes fuera del horario de apertura.

-No he venido a visitar la exposición.

-Qué lástima. Es un lugar bastante agradable cuando nadie intenta resolver aquí ningún asunto.

Una de las comisuras de sus labios se movió ligeramente.

-Eryk Jeż. Diseñador de la exposición. Teníamos previsto reunirnos la semana que viene, pero quería conocer el espacio antes.

Durante un instante lo miré sin decir nada. Reconocía su apellido por los mensajes de la dirección, algunos documentos adjuntos y una breve nota en la que me habían informado de que él sería el responsable de los aspectos técnicos de la exposición. Sin embargo, no esperaba que apareciera sin avisar, precisamente cuando estaba intentando perfeccionar por última vez mi propia distribución.

-Florentyna Dąb -me presenté-. La artista cuya exposición pretende diseñar.

-Lo sé.

Lo dijo con tranquilidad, sin excesos de cortesía. Su mirada recorrió las paredes y se detuvo en los lienzos apoyados en el suelo. No los observaba como quienes quieren elegir rápidamente el cuadro más bonito. Se fijaba en las distancias, la iluminación, la altura y el ángulo desde el que se contemplaría cada obra.

Aquello despertó mi interés más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

-¿Tiene un plano? -preguntó.

Levantó los ojos hacia la hoja que sostenía entre las manos.

-Sí, lo tengo.

-¿Puedo verlo?

-Puede verlo, pero eso no significa que pueda cambiarlo.

Esta vez sonrió con más claridad.

-Empezamos estableciendo las reglas con claridad. Me parece bien.

Me acerqué a la mesa y extendí el boceto. No le entregué la hoja. Simplemente le permití colocarse a mi lado y examinar la distribución de las distintas obras. Observé que no se inclinaba sobre el papel con una seguridad excesiva. Me dejó espacio, como si entendiera que yo era la anfitriona de aquel proyecto.

-Aquí -señaló uno de los rectángulos- la luz incidirá con demasiada fuerza. A esta hora, los reflejos podrían ocultar parte del cuadro.

-Podemos modificar la orientación de la iluminación.

-Podemos hacerlo. Pero entonces perderemos la uniformidad de toda la sala.

-No me importa la uniformidad. Me importa que los cuadros puedan verse.

-No siempre significa lo mismo una cosa que la otra.

Levanté la mirada hacia él. Tenía una voz tranquila, algo más grave de lo que su aspecto habría hecho pensar. No intentaba convencerme a toda costa. Había expuesto un problema y esperaba a que yo misma respondiera.

No me gustaba que alguien tuviera razón en una cuestión que consideraba resuelta.

-¿Siempre empieza sus colaboraciones explicándole al artista que no entiende bien sus propios cuadros?

-No. A veces empiezo invitándolo a tomar un café.

-Hoy llega usted un poco tarde para eso.

-Puedo compensarlo la próxima vez.

No respondí inmediatamente. En su tono había aparecido una ligereza que antes no estaba presente. No conseguía determinar si realmente estaba coqueteando conmigo o si simplemente le gustaba comprobar hasta dónde podía llegar en una conversación. En cualquiera de los dos casos, sentí ganas de complicarle un poco la tarea.

Cerré la carpeta con mis notas y regresé al cuadro que estaba apoyado contra la pared.

-Este se queda aquí -dije.

Eryk se acercó un poco más. Se detuvo a una distancia adecuada, sin tocar el lienzo.

Durante unos segundos contempló la figura pintada. La mujer del cuadro llevaba un vestido oscuro y su rostro permanecía oculto. Más allá de la ventana se extendía un fragmento de cielo gris. Había dejado muchas cosas sin explicar en aquella pintura, porque algunas ni siquiera sabía cómo nombrarlas cuando estaba a solas conmigo misma.

-¿Por qué precisamente aquí? -preguntó.

-Porque no quiero que sea el primer cuadro que vean los visitantes.

-Pero quiere que lo encuentren.

-Sí.

-Eso es diferente.

Lo miré con más atención. Precisamente por eso quería que aquel cuadro permaneciera al final del pasillo. No quería que alguien pasara junto a él apresuradamente, con el teléfono en la mano y la cabeza ocupada en la siguiente reunión. Quería que tuviera que detenerse. Que decidiera por sí mismo si deseaba ver algo más.

-Algunas cosas necesitan tiempo -respondí.

Eryk giró la cabeza hacia mí.

-Estoy de acuerdo.

Durante un breve instante ninguno de los dos dijo nada. Desde el exterior llegaba el rumor lejano de los coches. En el cristal se reflejaban nuestras siluetas, una junto a la otra frente a un cuadro cuyo significado él desconocía.

Tuve la extraña impresión de que no estaba mirando únicamente el lienzo. No lo hacía de una manera insistente ni evaluadora. Más bien parecía intentar comprender por qué aquel lugar concreto era tan importante para mí.

-Debería irme ya -dijo finalmente-. Mañana prepararé las primeras observaciones sobre la distribución.

-Y yo mañana prepararé las respuestas a unas observaciones que todavía no he visto.

-Suena como el comienzo de una colaboración interesante.

-O de una muy breve.

Se rio suavemente. Aquel sonido encajaba sorprendentemente bien en la galería vacía.

Cuando se marchó, no regresé al trabajo de inmediato. Me quedé un momento junto al cuadro, observando el reflejo de las luces en el cristal. Tenía mi propio plan, conocía el orden de las obras y sabía qué cosas no estaba dispuesta a sacrificar. Y, sin embargo, en apenas unos minutos había aparecido alguien capaz de descubrir en mis decisiones algo más que simple obstinación.

Todavía no sabía si sería un buen diseñador. Tampoco sabía si su presencia acabaría facilitándome las cosas o convirtiéndose en otro obstáculo en el camino hacia la

exposición. Solo sabía que, cuando hablaba de los cuadros, no los trataba como simples elementos decorativos.

Apagué las luces de la sala principal y guardé el boceto en la carpeta. Al llegar a la puerta, volví la cabeza una última vez. El cuadro de la mujer junto a la ventana permanecía en penumbra, exactamente donde yo quería dejarlo.

Durante años había aprendido a esconder en mis pinturas aquello que no era capaz de expresar en voz alta. Ahora, por primera vez, empezaba a preguntarme si alguien que observaba mis cuadros con tanta atención no acabaría queriendo mirarme también a mí.

Y si, llegado ese momento, sería capaz de permitirle quedarse.

Capítulo 1 - Condiciones que no figuraban en el proyecto

A la mañana siguiente llegué a la galería veinte minutos antes de la hora acordada. No porque temiera llegar tarde. Quería disponer de un momento para observar la sala sin comentarios ajenos y comprobar si, a la luz del día, mi plan seguía pareciéndome tan evidente como la noche anterior. Eryk Jeż me había dejado el día anterior varias observaciones que todavía no había conseguido descartar. Lo que más me irritaba era que algunas tenían sentido.

Sobre la mesa extendí tres versiones de la distribución de los cuadros. La primera era mi proyecto original, la segunda incorporaba las modificaciones relativas a la iluminación y la tercera representaba un compromiso que no pensaba mostrarle a nadie hasta estar segura de que realmente lo necesitaba. Prefería tener más posibilidades antes que permitir que alguien me obligara a elegir algo que no hubiera tenido tiempo de considerar.

A las nueve oí unos pasos en el pasillo.

-Veo que ha preparado material para defenderse -dijo Eryk al entrar en la sala.

-Más bien para conversar. Defenderse daría a entender que alguien ya me ha atacado.

Se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de una silla. Aquel día llevaba una camisa clara con las mangas remangadas y unos pantalones oscuros. Parecía menos formal que la jornada anterior, aunque su cartera era visiblemente más gruesa. La dejó sobre la mesa sin cubrir mis documentos.

-No quería venir con las manos vacías.

-Yo tampoco.

Su mirada recorrió los bocetos extendidos.

-¿Tres versiones?

-Una correcta, otra que tiene en cuenta sus observaciones y una tercera que no debería ver.

-Ahora tengo todavía más ganas de verla.

-En ese caso, tengo todavía más motivos para no enseñársela.

Se rio suavemente y después se sentó frente a mí. No intentó hacerse cargo de la reunión desde el primer momento. Abrió su cartera y sacó varias hojas con planos técnicos impresos. Durante unos segundos me fijé en sus manos. Estaban cuidadas, aunque sin excesos. En el dedo índice distinguí un arañazo fino, como si se hubiera hecho una pequeña herida trabajando hacía poco. Pensé que diseñar exposiciones probablemente no consistía únicamente en sentarse delante de un ordenador.

-Empecemos por lo que es más importante para usted -dijo.

-Que la exposición cuente la historia que he concebido. No quiero que los cuadros se traten como productos independientes que hay que contemplar y evaluar. Dialogan entre sí. Aunque alguien no perciba todas las conexiones, debe tener la posibilidad de descubrirlas.

Eryk asintió.

-Así que el orden importa.

-Muchísimo.

-¿Y si resulta que el espacio no permite conservarlo por completo?

-Entonces buscaremos una solución en el espacio, no en los cuadros.

Apoyó los antebrazos sobre la mesa.

-Eso suena razonable mientras no tengamos en cuenta la entrada, las zonas de circulación, los puntos de luz y el número de personas que estarán al mismo tiempo en la sala.

-No pienso exponer los cuadros en un almacén solo porque alguien pueda detenerse delante de ellos.

-No estoy proponiendo un almacén. Propongo que no creemos una exposición que solo pueda recorrerse siguiendo su escenario ideal.

-¿Y usted propone que cualquiera pueda entrar, contemplar los tres lienzos más bonitos y marcharse convencido de que ya lo sabe todo?

-No. Propongo que le demos un motivo para quedarse un poco más.

Lo miré fijamente. No esperaba aquella respuesta. Habría sido demasiado fácil considerarlo otro hombre que pretendía organizar mi trabajo según sus propios criterios. Sin embargo, él intentaba poner en palabras algo que para mí era importante, aunque no siempre supiera explicarlo de manera sencilla.

-En ese caso, dígame exactamente qué es lo que le molesta.

Desplegó el plano de la galería.

-Aquí tenemos la sala principal. Si colocamos el lienzo más grande frente a la entrada, se convertirá de forma natural en el centro de atención. Es una buena solución para

una exposición en la que hay un único cuadro protagonista. En la suya no existe uno solo. Hay tres que forman una especie de conjunto y varios más que modifican la manera de interpretarlos.

-Es cierto.

-Por eso propongo empezar con el cuadro de la silla vacía, continuar con la serie de paisajes costeros y presentar después las obras más personales.

Fruncí el ceño.

-No quiero la silla vacía al principio.

-¿Por qué?

-Porque no es una invitación. Es la respuesta a una pregunta que el visitante todavía no conoce.

Eryk miró la reproducción.

-Es interesante.

-No lo diga solo para suavizar una crítica.

-No tengo esa costumbre.

-Ayer dijo que algunos cuadros necesitan más espacio.

-Y sigo pensándolo.

-Y hoy quiere empezar con uno que debería descubrirse más adelante.

-Quiero que la gente tenga un destino al que llegar. No es lo mismo que darles la respuesta desde el principio.

Lo observé durante unos instantes. Tenía la irritante habilidad de formular sus argumentos de tal manera que resultaba difícil encontrarles una debilidad evidente.

-De acuerdo. Pero no acepto que se muevan los cuadros sin que yo esté presente.

-No pienso hacerlo.

-Tampoco acepto cambios en el orden sin consultarlos conmigo.

-Podemos incluirlo en nuestros acuerdos.

-Y no quiero títulos adicionales ni textos que expliquen a la gente lo que debe sentir.

Eryk se reclinó en la silla.

-En ese caso, tenemos nuestro primer problema.

-¿Ya?

-Sí. Los textos breves no tienen por qué explicar las emociones. Pueden ayudar a comprender el contexto en el que se creó una obra, la técnica o la serie. No todos los visitantes conocen la pintura.

-No quiero que nadie necesite saber de pintura para sentir algo delante de un cuadro.

-Y yo no quiero que alguien se sienta excluido por desconocer el contexto.

Esta vez no respondí de inmediato. Su voz no tenía ningún matiz de condescendencia. Hablaba de los visitantes con el mismo respeto con el que yo hablaba de mis obras. No pretendía facilitarles el contacto con los cuadros privándolos de la posibilidad de interpretarlos por sí mismos. Al menos, eso era lo que yo entendía.

-Podemos preparar información breve sobre la técnica y el título -propuse-. Sin sugerir ninguna interpretación.

-Es un buen punto de partida.

Deslizó hacia mí una hoja con su propuesta de distribución. En ella advertí una pequeña anotación relativa al patrocinador financiero de la galería. Estaba situada en la

parte inferior de la página, junto a la información sobre los materiales promocionales.

-¿Qué significa esta nota? -pregunté, señalándola con el dedo.

Eryk miró el documento.

-Son las directrices de comunicación de la exposición. El patrocinador quiere que el mensaje resulte comprensible para un público más amplio.

-¿Y los cuadros tienen que resultar comprensibles para todo el mundo?

-No se puede garantizar eso.

-Entonces, ¿para qué sirve esta indicación?

Guardó silencio durante un instante.

-El patrocinador financia parte del proyecto. Tiene sus propias expectativas sobre cómo debe presentarse el evento. Por ahora, afectan principalmente a los materiales informativos.

-¿Principalmente?

-Florentyna, no voy a fingir que no existen limitaciones. Pero eso no significa que tenga intención de cambiar sus cuadros.

No me gustó que lo dijera como si el asunto ya estuviera resuelto. Sin embargo, todavía no tenía suficiente información para acusarlo de unas intenciones que no había expresado.

-Quiero ver las directrices completas.

-Por supuesto. Se las enviaré.

-No solo las que afectan a las descripciones.

-Lo entiendo.

No estaba segura de que realmente lo entendiera, pero al menos no intentó cerrar el tema con una broma.

Nos dirigimos a la sala principal. Eryk colocó un pequeño medidor y comprobó la intensidad de la luz en varios puntos. Me explicó que algunos focos producían una tonalidad demasiado fría y que, por ese motivo, los matices grises de mis lienzos podían verse diferentes a como se apreciaban en el estudio. No se limitó a decir que había que sustituirlos. Me mostró la diferencia en una lámina de prueba y propuso dos soluciones.

-¿Cómo sabe que precisamente esos colores pueden dar problemas? -pregunté.

-Porque revisé las reproducciones que envió a la galería.

-¿Lo hizo antes de nuestra reunión de ayer?

-Sí.

-Pensaba que no los vería hasta venir aquí.

-No me gusta acudir a las reuniones sin estar preparado.

Era una frase sencilla, pero se quedó en mi memoria con más fuerza que varios de sus argumentos anteriores. Estaba acostumbrada a personas que decían apreciar el arte y después ni siquiera eran capaces de recordar el título de un cuadro. Eryk había hecho los deberes. Conocía mis obras, su orden y sus diferencias técnicas. No tenía que empezar cada conversación explicándole por qué algo era importante para mí.

-En ese caso, enséñeme qué más ha comprobado.

Durante los siguientes cuarenta minutos trabajamos junto a las distintas paredes. A veces no estábamos de acuerdo; otras, alguno de los dos cambiaba de opinión. Eryk tenía la costumbre de hacer primero una pregunta y presentar

después una solución. No siempre me gustaba, pero gracias a eso no sentía que fuera simplemente la persona encargada de aprobar un proyecto ya terminado.

Se detuvo más tiempo ante el tercer cuadro.

-Este debería colgar un poco más abajo.

-¿Por qué?

-La figura está situada cerca del borde inferior. Si colocamos el lienzo a la altura habitual, la mirada del visitante pasará por encima de ella.

Me acerqué.

-No me había fijado.

-Porque usted conoce este cuadro desde el lado en el que lo pintó.

-Y usted lo contempla desde el lado en el que lo verá otra persona.

-Exactamente.

Sonreí, aunque intenté evitarlo. Eryk lo notó, pero no hizo ningún comentario. Quizá por eso aquel gesto no me resultó irritante.

Cuando regresamos a la mesa, tenía menos motivos para oponerme de los que había previsto. Eso no significaba que estuviera dispuesta a concederle libertad de actuación. Al contrario. Cuanto más valoraba sus competencias, más claramente quería establecer las reglas de nuestra colaboración.

-Necesito algo concreto -dije-. No quiero pasar las próximas semanas negociando desde cero cada vez que tengamos que tomar una decisión.

Eryk cerró el medidor y se sentó frente a mí.

-La escucho.

-Usted se encarga del espacio, la iluminación, la distribución técnica y el montaje. Yo soy responsable de los cuadros, de su orden y de la forma definitiva de la historia que cuentan. Cualquier modificación que afecte al significado de la exposición necesita mi aprobación.

-Estoy de acuerdo, con una salvedad. Si una solución resulta técnicamente imposible o peligrosa, necesito tener derecho a proponer una alternativa.

-Proponerla, no imponerla.

-Sí.

-Y quiero recibir directamente todas las observaciones de los patrocinadores, no a través de su interpretación.

Esta vez no respondió inmediatamente.

-Es razonable.

-¿Eso significa...?

-Significa que le transmitiré todas las directrices que afecten a la exposición. No puedo prometerle que el patrocinador no tendrá nuevas observaciones, pero sí puedo prometerle que no se las ocultaré.

Acepté su respuesta. No era perfecta, pero al menos me dejaba la posibilidad de tomar mis propias decisiones.

-De acuerdo. Tenemos una base para trabajar juntos.

-Suena casi como un elogio.

-No se acostumbre.

Me miró divertido.

-Intentaré mantener la humildad.

Al terminar la reunión acordamos que prepararía dos propuestas de iluminación y un nuevo plano de distribución. Yo debía entregarle la lista definitiva de obras, con sus dimensiones y la información sobre los sistemas de sujeción. También fijamos la siguiente reunión para el jueves.

Mientras Eryk recogía sus documentos, advertí que había dejado una hoja sobre la mesa. Era el plano con los cambios que habíamos aceptado conjuntamente. La tomó, pero en lugar de guardarla en su cartera, me la entregó.

-Quédese con ella.

-Es su copia.

-Tengo la versión digital.

-¿Y si la pierde?

-Entonces tendré que venir a pedirle su ejemplar.

-Muy ingenioso.

-No todo tiene por qué ser complicado.

Se marchó unos minutos después. No intentó prolongar la conversación ni propuso otra reunión fuera de la galería. Aun así, cuando la puerta se cerró tras él, me quedé mirando durante un instante el espacio vacío junto a la mesa.

La colaboración empezaba a funcionar mejor de lo que había previsto. Todavía no confiaba en él, pero al menos sabía que era capaz de escuchar. No era poco.

Solo cuando guardé los documentos advertí que en el reverso de la hoja había añadido a lápiz una breve observación: «Comprobar si el cuadro de la silla vacía necesita una iluminación propia».

La leí dos veces.

No era una observación técnica. Más bien parecía una pregunta que yo misma debería haberme planteado.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien no había intentado decirme qué debía pintar ni qué debía sentir. En lugar de eso, había reparado en algo que yo todavía no sabía cómo resolver.

No sabía si aquello era el comienzo de una buena colaboración o si simplemente había conocido a un hombre que sabía hacer preguntas incómodas.

Sin embargo, tenía el presentimiento de que con Eryk Jeż no me aburriría.

Capítulo 2 - Fuera del plan de la exposición

El miércoles por la mañana recibí un mensaje de Eryk con dos archivos adjuntos y un breve comentario. El primero mostraba una propuesta de iluminación para la sala principal; el segundo contenía un plano revisado de la distribución de los cuadros. También había incluido las directrices completas del patrocinador financiero de la galería, tal como había prometido. No añadió ninguna explicación ni sugerencia sobre lo que debía pensar de ellas.

Empecé por los planos. Una de las propuestas era prácticamente idéntica a lo que habíamos acordado; la otra incluía un punto de luz adicional al final del pasillo. Aquella solución me gustaba más, aunque exigía desplazar dos lienzos pequeños. Por su parte, el documento del patrocinador estaba lleno de expresiones sobre la accesibilidad del evento, un público amplio y una comunicación cercana. No encontré ninguna exigencia directa de modificar los cuadros. Sin embargo, sí advertí una frase sobre evitar contenidos excesivamente provocadores en los materiales promocionales.

Cerré el archivo y permanecí sentada, inmóvil, durante unos instantes.

No quería sacar conclusiones a partir de una sola frase. Sabía que los patrocinadores tenían derecho a establecer las condiciones de financiación de los eventos y que la galería no podría funcionar sin su apoyo. Pero eso no significaba que todas sus sugerencias tuvieran que convertirse en obligaciones para mí.

Respondí a Eryk que la segunda propuesta de iluminación se acercaba más a mi concepto, aunque quería revisarla en persona. Añadí también que, por el momento, no aceptaba ningún cambio en los textos descriptivos de las obras.

Me contestó unos minutos después.

«De acuerdo. Propongo mañana a las diez. También podemos dejar cerrado el calendario».

Acepté la fecha. No había ninguna razón para posponer decisiones que, de todos modos, teníamos que tomar.

Al día siguiente nos reunimos en la galería, pero aquella vez no fue una larga reunión alrededor de la mesa. Eryk había traído muestras de iluminación impresas y varias fotografías que mostraban cómo influían los distintos ajustes en la percepción de los colores. Durante un momento tuve la impresión de estar hablando con alguien que había preparado una pequeña exposición exclusivamente para convencerme de utilizar una determinada bombilla.

-No hacía falta que imprimiera todo esto -observé.

-Podría haberle enviado los archivos, pero entonces tendría que evaluarlos en una pantalla. Y una pantalla no es la pared de una galería.

-Es verdad.

-Además, quería que pudiéramos compararlos uno al lado del otro.

Extendió las fotografías sobre la mesa. Una mostraba la sala principal con una iluminación más fría, otra con una luz más cálida. La tercera reflejaba el efecto de utilizar un punto de iluminación adicional en el pasillo.

-Esta es la mejor -señalé la última.

-Opino lo mismo.

-¿Por qué no me la propuso directamente desde el principio?

-Porque no sabía si aceptaría desplazar el cuadro situado junto a la entrada.

-No lo aceptaré.

-En ese caso, tenemos un problema.

-¿Otra vez?

-Es bastante habitual en mi trabajo.

Lo miré con fingida exasperación.

-¿Siempre habla de los problemas con tanta tranquilidad?

-Prefiero resolverlos antes de que empiecen a parecer más graves de lo que realmente son.

-Eso suena a deformación profesional.

-Es posible.

Regresamos a la sala. Durante la siguiente media hora comprobamos cómo influirían los ajustes propuestos en los distintos lienzos. Eryk no intentó convencerme para que cambiara el orden. En su lugar, me mostró dónde podía conseguir un mejor resultado sin alterar la composición. Cuando rechazaba una solución, no volvía a proponérmela unos minutos después con otro nombre.

Empecé a valorar aquella cualidad.

Se detuvo durante más tiempo ante el cuadro que representaba a una mujer sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra una puerta cerrada. No era una de las obras que solían elegir quienes contemplaban mis pinturas. No tenía una paleta llamativa ni una composición especialmente decorativa. La mayoría de las personas pasaba de largo antes de reparar en los pequeños detalles.

-Este es importante para usted -dijo.

No sonó como una pregunta.

-Sí.

-¿Quiere colocarlo en la segunda sala?

-Todavía no lo he decidido.

-¿Puedo preguntarle por qué?

Durante un momento me pregunté si debía responder. No me gustaba hablar del significado de mis cuadros mientras trabajaba en el diseño de una exposición. Una vez, un comisario había escuchado la historia de una de mis obras y después había escrito para el catálogo un texto que la transformaba en algo completamente distinto. Desde entonces era más cautelosa a la hora de compartir el contexto personal de mis pinturas.

-Porque no sé si quiero que alguien lo contemple durante demasiado tiempo -dije finalmente.

Eryk no apartó la mirada del lienzo.

-Y, sin embargo, lo pintó.

-Eso no significa que quiera hablar de él inmediatamente.

-Lo entiendo.

No hizo más preguntas. Tampoco intentó demostrarme que, como diseñador, necesitaba conocer la historia de cada cuadro. En lugar de eso, desplazó la lámpara que estaba al lado para comprobar cómo incidía la luz en la parte inferior del lienzo.

-En ese caso, no lo colocaremos junto a la entrada -dijo-. Pero tampoco lo esconderemos en un lugar al que nadie llegue.

Lo miré.